

PRÓLOGO

El pueblo wa es el más vilipendiado de Asia, y quizá del mundo.

Esto ha sido así durante siglos. Para el Imperio británico eran «inmundos» y «sin duda, salvajes». Antes de eso, la dinastía Qing los consideraba «los más obstinados entre todos los bárbaros».

Hasta Vasco de Gama calumnió a los wa, a pesar de que el explorador del siglo XVI nunca alcanzó su tierra natal, un estrecho escarpado entre montañas que divide Birmania y China. Tan solo escuchó rumores sobre la tribu, que inmortalizó en un poema:

*De carne humana, con hambre brutal, se alimentan
Y con hierros calientes sellan los suyos propios. ¡Ritos bárbaros!*

Estaba equivocado. Los nativos wa no eran caníbales. Eran cazadores de cabezas y, como ritual, clavaban las de los enemigos sobre estacas. Al igual que los clanes escoceses y los revolucionarios franceses, tenían sus razones.

Desde la Edad Media hasta el siglo XXI, los wa han sido denigrados de manera constante. Dejaron de cazar cabezas hace ya varias generaciones —las últimas decapitaciones datan de algún momento situado entre la Beatlemania y la música disco—. Sin embargo, ese estigma aún perdura. Ahora son señalados como una narcotribu. Prácticamente todo lo que se ha escrito sobre los wa los retrata como montañeses despiadados que trafican con drogas.

Existen pocas culturas que se vinculen tanto a una mercancía. Los amish construyen muebles; los suizos fabrican relojes. Los wa cocinan metanfetamina y, antes de que se pusiera de moda, producían heroína. Su tierra es fría y árida, terrible para las hortalizas, pero idónea para la materia prima de la heroína, la *Papaver somniferum*, la adormidera.

Como a los habitantes de todas las montañas, desde los chechenos hasta los ozarks, a los wa les gusta hacer las cosas a su manera. Una autoridad tribal llamada Ejército Unido del Estado Wa (EUEW) controla su territorio, a pesar de que técnicamente cada centímetro de su suelo se ubica en Myanmar, también conocida como Birmania. El EUEW dicta leyes, defiende la patria, construye carreteras, recauda impuestos y hasta emite permisos de conducir. En todos los sentidos, es un gobierno. Sin embargo, para los Estados Unidos de América, el último imperio en perseguir a los wa, es tan solo un grupo de «capos» y «señores de la guerra» que encabezan una peligrosa organización criminal. ¿Peligrosa para quiénes? Para los americanos, según nos han contado. La afirmación sorprenderá a los estadounidenses que nunca hayan oído hablar del pueblo wa, que serán prácticamente todos. De cualquier manera, la DEA insiste en que los wa fomentan el «crimen, la violencia y causan un daño social tremendo en Estados Unidos».

Las drogas ilegales, en efecto, constituyen una de las mayores fuentes de ingreso del EUEW. Durante muchos años, toneladas de narcóticos producidos en suelo wa han llegado al mercado negro, y los traficantes las han trasladado hasta las costas norteamericanas. Por consiguiente, la DEA considera al EUEW como un trofeo de caza de dimensiones colosales. El objetivo declarado de Estados Unidos es «desbaratar y dismantelar» todo el sistema de gobierno wa.

He aquí el problema. El EUEW no es una simple mafia que vive en la selva. Dirige una nación «sincera para con Dios», el llamado Estado Wa, que acoge a más de medio millón de personas. Tienen sus propias escuelas, su red eléctrica, sus himnos y sus banderas. Dado que no cuenta con el reconocimiento de las Naciones Unidas, su territorio no está señalado en los mapas oficiales y, sin embargo, abarca unos 31 000 kilómetros cuadrados. El Estado Wa ocupa casi tanto terreno como Países Bajos. El ejército del Estado Wa cuenta con treinta mil hombres

en activo y veinte mil reservistas, cifra que supera el número de militares de Suecia o Kenia. Los wa poseen armas de alta tecnología; artillería, drones y misiles capaces de derribar aviones de combate. En términos de poder, el EUEW consigue que los carteles mexicanos, a su lado, parezcan bandas callejeras. Los wa hacen acopio de armas por una razón: Estados Unidos no es el único país que les preocupa. Para los habitantes de la frontera china, los wa son indígenas, al igual que los tibetanos y uigures, minorías que han sufrido sobremanera bajo el gobierno chino, que controla cada uno de sus movimientos. Los wa han soportado la misma amenaza. Pero entonces, ¿por qué existe un movimiento «Tíbet Libre» pero ninguno para liberar al pueblo wa? Porque se han liberado a sí mismos. No obstante, desde el punto de vista occidental lo han hecho de la forma equivocada: produciendo drogas, gastando los beneficios en armamento y desafiando a los intrusos que osan apropiarse de su tierra.

Es un hecho irrefutable: al igual que Haití ha florecido por el azúcar y Arabia Saudí por el petróleo, el Estado Wa ha prosperado gracias a la heroína y la metanfetamina. El EUEW se sitúa en el núcleo de una red de tráfico de estupefacientes del Sudeste Asiático que genera sesenta mil millones de dólares cada año solamente con la meta, mucho más que las economías nacionales de la mayoría de los países «de verdad». De hecho, los dirigentes wa son soberanos del narcoestado. Sin embargo, para detenerlos y meterlos en prisiones americanas habría que eliminar todo el poder ejecutivo de un gobierno extranjero. En otras palabras, propiciar un cambio de régimen.

Este libro está basado en una modesta convicción: cuando una superpotencia intenta socavar una civilización entera y tacha a sus habitantes de intocables a nivel mundial, es esencial recabar la perspectiva de la otra parte. Este ha sido mi propósito durante años.

Soy un reportero estadounidense que ha vivido y trabajado en Bangkok durante más de quince años. En mi actividad cotidiana en *The World*, un programa de asuntos internacionales que se emite en las estaciones de la Radio Pública Nacional, suelo cubrir cualquier cosa, desde asuntos relacionados con grupos de pop a disturbios. Pero también soy un «narcoperiodista» a media jornada: un reportero especializado en tráfico de drogas y crimen organizado. La premisa de mi primer libro, *Hello, Shadowlands*, fue que los infractores de la ley suelen ser actores racionales, no simples demonios macabros de alma oscura. Es una recopilación de historias reales sobre los traficantes y rebeldes del Sudeste Asiático en la que tal vez el lector dio por supuesto que ofrecería al EUEW algo más que un simple cameo; sin embargo, eso fue todo lo que pude conseguir. Al igual que Vasco de Gama, solo encontré a los wa a través de relatos indirectos.

Siempre me ha fascinado el Estado Wa —una república prohibida, escondida a plena vista—, desde el momento en que supe de su existencia. Al haberme criado en una ciudad industrial en las estribaciones de las montañas Apalaches, tengo debilidad por la población montañesa, y siempre he creído que los wa no podían ser tan siniestros como sugiere su reputación. Sin embargo, es difícil —mejor dicho, en extremo difícil— llegar al Estado Wa; mucho más que viajar a Corea del Norte o a la Antártida. Los americanos se enfrentan a una mayor dificultad para entrar en él debido a que el EUEW considera a todos los ciudadanos estadounidenses espías en potencia. Aún más complicado es reunirse con sus líderes, ya que la mayoría están buscados por la DEA. Aun así, me propuse conocer a estos supuestos supervillanos del tráfico de drogas de Asia, con la intención de comprender su visión del mundo.

Este libro es el resultado. Es la saga de un pueblo indígena que explotó el poder de los narcóticos para crear una nación en donde antes no existía. No obstante, aquí hay mucho más en juego que la lucha de un grupo tribal poco conocido. Hollywood y los medios de comunicación nos hacen creer que la Guerra contra las Drogas es un conflicto que se libra en América. Han exprimido todos los detalles sobre los capos latinos y, entre tanto, el submundo

asiático sigue siendo ignorado. Se considera una curiosidad secundaria que tiene poco que ver con Estados Unidos.

Esta es una mentira peligrosa.

Cuando comencé a indagar sobre el funcionamiento interno del EUEW, no esperaba encontrar todo de color rosa, pero lo que descubrí fue mucho más extraño de lo que había imaginado. Al parecer, la historia original de este narcoejército está repleta de huellas americanas. La CIA no solo creó las condiciones necesarias para su instauración, sino que uno de sus líderes principales fue también un activo de la DEA. El gobierno estadounidense nos cuenta que el EUEW es un monstruo que «envenena nuestra sociedad para lucrarse». Sin embargo, se trata de una bestia que sus propios agentes han nutrido en secreto, con malicia e incompetencia.

Todos los imperios necesitan bárbaros.

SUPERESTRELLA

Le llamaban Superestrella.

Sus antiguos contactos de la DEA aún hablan de él con admiración, lo que es inusual; los informantes no suelen ser alabados por nadie, pues se dedican a delatar a sus colegas para librarse ellos mismos de la prisión. Algunos lo hacen a cambio de sobres con dinero, otros, para ayudar a la policía a detener a delincuentes rivales. Los agentes de la DEA consideran que la mayoría son mentirosos y retorcidos que no creen en nada salvo en sí mismos.

Pero Superestrella era distinto. A diferencia de otros informantes confidenciales, incorporó el celo de un estudiante universitario a su labor de espionaje. Cuando sus contactos de la DEA se encontraban con él en algún piso franco, podían hallarlo esperando dentro con una serie de documentos sobre el regazo. Sus informes, escritos a mano, contenían coordenadas de refinerías de heroína y granjas de adormidera, incluso listas de policías corruptos. Eran auténticos almanaques del crimen.

—Dios mío —dijo uno de los analistas de la DEA—, la información que nos ha proporcionado y las cosas que ha hecho para conseguirla... No quiero desvelar secretos sensibles, pero no hay duda de que el nombre de Superestrella se lo ha ganado.

A lo que otro agente añadió:

—Nunca he conocido a un informante confidencial que además fuera un idealista.

Mientras los agentes de la DEA obtenían información de Superestrella, este procuraba lograr algo a cambio; la promesa de que Estados Unidos honrara su alma cristiana y enalteciera a los oprimidos del mundo, incluyendo a su propia gente, los wa. Superestrella tenía el sueño de que un día los niños indígenas cargarían libros de texto en lugar de fusiles Kalashnikov; que los ancianos, antes propensos a decapitar a cualquier forastero que se presentara ante su vista, los acogieran en sus casas. Imaginaba un médico en cada colina para librar a los enfermos de una muerte absurda. Una nación wa de la que sentirse orgulloso.

Superestrella aseguró a la DEA que los wa querían quedar limpios. Incendiarían sus campos de adormidera, destruirían sus laboratorios de heroína y dejarían de fabricar el veneno blanco que tanto consumían los adictos de Nueva York y Los Ángeles, personas que desconocían la existencia del pueblo wa pero estaban hechizados por el sedoso polvo que producía. A cambio, quería la ayuda estadounidense: escuelas, hospitales, los conocimientos necesarios para construir una nación moderna y la gloria que surgiría de la amistad con Estados Unidos.

Superestrella estaba convencido de que las fuerzas divinas deseaban unir al país más poderoso del mundo con la tribu más despreciada, y que él era el intermediario de Dios. Era un informante que hablaba como un mesías. «Al igual que los adictos a la heroína son esclavos del opio que cultivamos, nosotros también estamos esclavizados», escribió en uno de sus informes clasificados. «Buscamos ayuda para romper esa servidumbre».

Soñaba con una alianza entre la DEA y el Ejército Unido del Estado Wa, considerado en Estados Unidos como un cartel de droga. Los agentes tenían razones para mofarse de tal pretensión; sin embargo, Superestrella los sedujo uno a uno con una idea revolucionaria: que la DEA lograría destruir un volumen ingente de estupefacientes, en una operación sin precedentes en la historia y sin disparar ni una sola bala. Durante un breve periodo, emergieron en el horizonte los destellos de una alternativa pacífica a la denominada Guerra contra las Drogas.

La DEA le llamaba Superestrella. Sin embargo, cuando yo le conocí hacía mucho tiempo que nadie utilizaba su nombre en clave. Era un anciano con cicatrices y creencias que de alguna manera seguían vigentes tras una vida trágica.

Me hizo llamarle por su nombre wa, Saw Lu.

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN